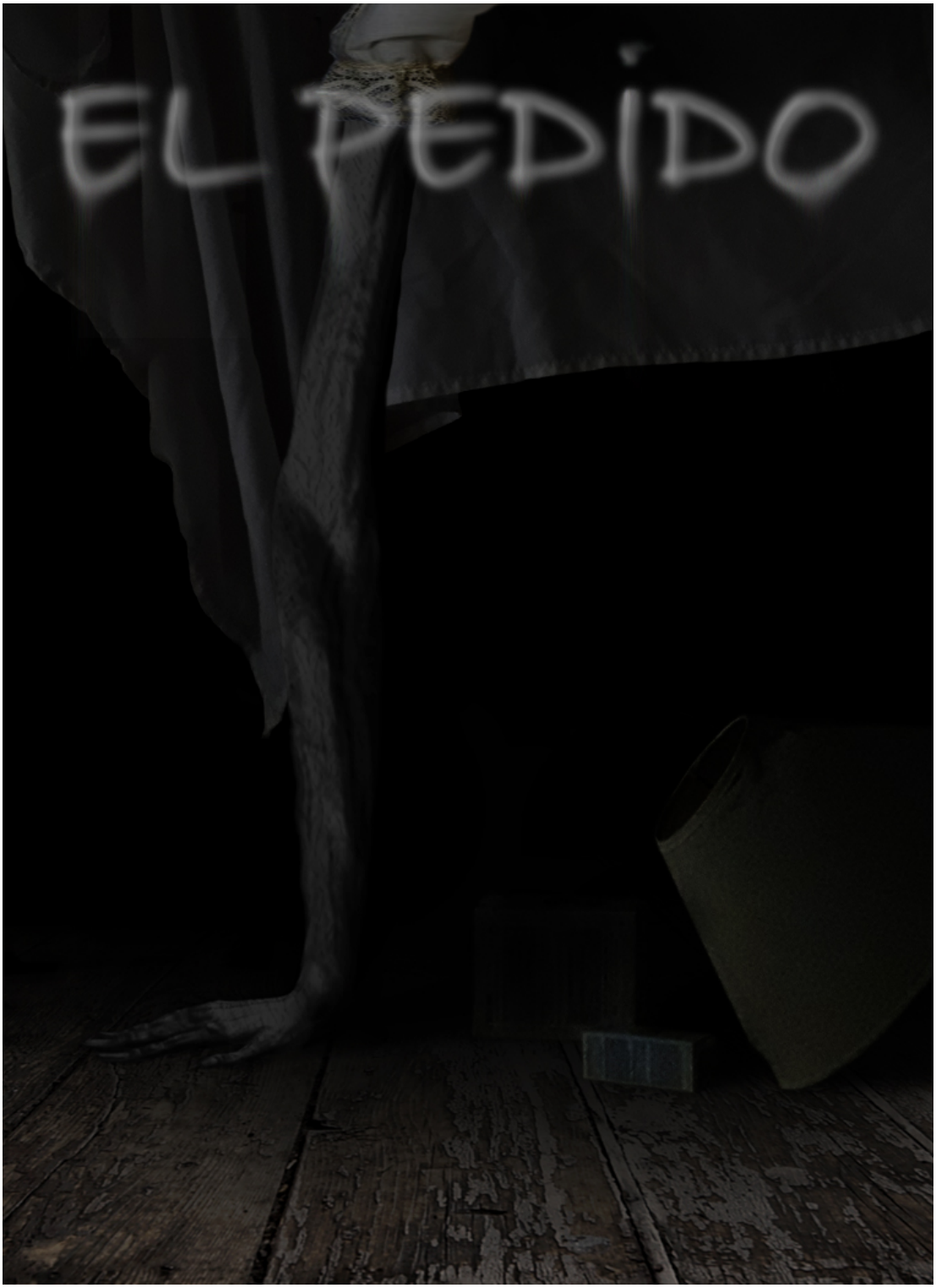
EL PEDIDO

Adrián Bossio



Capítulo 1

EL PEDIDO

El duro transitar de su austera vida lograba superarlo con derrames rebeldes de optimismo, de compañerismo, de positivismo, y por sobre todo, dirigidos hacia su enaltecida madre. También a sus pintorescos amigos, contados con los dedos de una mano, pero necesariamente suficientes. Y hacia su hermano… Hermano de la vida, del alma, de las desventuras, de la tranquilidad, inspirador de fortaleza. Lo separaban solo cuatro años, pero era como su padre. Para completar su mundo le faltaba justamente él, el que trabajaba en sus momentos a lomo agachado, el que soñaba con la casa propia y los dejó una mañana esperando el colectivo, cuando a un Peugeot 404 no le respondieron los frenos. Ahora lo tenía a Esteban, su hermano, reemplazando lo irremplazable, apoyándolos, allanando sus empedrados caminos, quién trabaja sin resabios bajando los cajones de bebidas en un repartidor.

Reticente a las desavenencias, Fernando, deseaba colaborar también, aunque fuera poco. "Vos preocupate por estudiar", le rezongaba Estela, quien lo trajo al mundo hace 14 años y lo recordaba entonces como una sola pieza redondeada entre morena y morada. Fiel a su idiosincrasia inquieta mantenía su deseo, y una tarde sin sentido quiso que viera la frase "Se necesita cadete para la Farmacia" en un papel desdeñoso. Prometió con misericordia que solo serían ratos, ratos que fueron tardes. Y terminaron siendo tardes con las que pudo ayudar, con las que pudo gozar de cine con sus amigos los fines de semana, y degustaciones soñadas en la heladería. También de tardes-noches de responsabilidades. La promesa que juró incluía la continuidad de los buenos boletines, si así no fuese, debería dejar la farmacia. La prioridad de Estela, así y todo con sus escasos recurso, era que Fernando siguiera con los estudios.

El precio debía pagarlo sin tardes en la canchita de tierra clara donde la redonda era la protagonista entre los chicos y el polvo. Era un equilibrio que Fernando mantenía como el malabarista del circo.

Con zapatillas de oferta, pantalones de jean a la rodilla y una remera de anchas franjas horizontales entre blancos y azules discurría junto a Carlitos y Daniel, compañeros de escuela y de las cosas que hacía por el vecindario. Rememoraban en esos relatos tardes incorregibles, situaciones ilustres o algún personaje merecedor de anécdotas. Cuando de divertir se trataba cualquier hueco les venía bien. Y se juntaban en el momento que pudieran. Carlitos recordaba con voz rimbombante la vez cuando debieron llamar a su madre y a la de Fernando. Por una travesura que pasó el límite un día donde la maestra los vio a los dos reírse por detrás de Rubén. Quien se quejaba de no poder liberarse de un chicle enredado entre sus rulos rojizos.

La tarde transcurría bajo un cielo gris. La calle principal del pueblo, bautizada en los 40 como Avenida Los Plátanos, atestiguaba el incesante pasar de dispares rodados. También el escaparate de la farmacia, donde reflejaba las carrocerías fundiéndose con las lámparas internas, y con los estantes atiborrados y mostradores. Afuera estaban ellos, Fernando apoyado en su Aurorita, como quien está sobre la barra de un bar, y sus compinches. El próximo pedido no parecía llegar y Fernando no lo esperaba.

Pero el negro y pesado teléfono sonó, y sonó. No se daba por vencido. Finalmente un mano alargada de uñas pulcramente pintadas lo levantó con desdén, parecía pesar una tonelada.

— Farmacia La Lucía...— atendió Marta, la encargada de la farmacia.

La mujer de risotadas hipócritas, de carácter estruendoso, y afabilidad limitada adem´s de un carácter intimidante. La mujer de cabellos rizados oscuros rozando los hombros y pinturas que enmascaran su fúnebre rostro. La misma que escribió la aciaga nota a mano alzada y la despegó cuando recibió a ese muchacho moreno y delgado, un muchacho de orígenes humildes pero decidido. Al cual, luego de unas pocas preguntas, le dijo cuánto le iba a pagar por las tardes trabajadas. Que viniera peinado y sin olores "incomodantes".

Continuaba con el tubo entre los rizos y escuchaba con el mismo desdén con que lo levantó. Luego anotó en un talonario.

— Muy bien, son 2200 australes, en la brevedad se lo enviamos, gracias.

Detuvo el tubo junto al oído unos instantes más, al tiempo que arqueó las cejas denotando una expresión de extrañeza. Hasta que colgó el tubo sin dar mayor importancia, arrancó la hoja del talonario y salió del Mostrador.

— ¡Tantos calmantes!— despotricó, para sí misma.

La joven compañera solo le dio un golpe de vista descolorido rayano a repulsivo sin detener el acomodar de cajitas en los estantes.

El conjunto de risotadas contagiosas entre los tres chicos, se vio interrumpido por el grito penetrante de Marta, asomada por la puerta de vidrio.

— ¡Fernando!

El muchachito de tez oscura y alma clara giró la cabeza de modo repentino, acostó la bicicleta y salió apresurado hacia ella.

— Sí, ¿Qué necesita?

— Mirá y escúchame bien, tenés que llevar estos calmantes a esta dirección, te lo van a pagar allá; son 2200 australes. Tomá el papel y el pedido.— Le indicó tajante y seria.

Fernando leía el papel y a medida que cargaba esos datos en su mente el rostro de la mujer se iba trasfigurando paulatinamente en exasperación, sus ojos lo miraban y se agrandaban como para explotar.

— ¡Dale nenee…! — gritó exasperada.

— ¡Sí sí…!

El grito le aturdió el espíritu. De manera casi instantánea salió

despavorido hacia la aurorita roja, la puso en pie, y sin pausa saludó a sus amigos. Así se alejó por la vereda a toda velocidad ladeando su rodado en cada pedaleada. Bajó a la calle y se unió a esos rodados que iban de un lado y al otro. Pedaleó tres cuadras de escaparates diseminados y tomó a su derecha.

Ya tenía en mente el recorrido, pues las calles las conocía como la palma de su mano. Ahora debía recorrer en recto siete cuadras.

A medida que circulaba la tranquilidad apabullaba, igual que esa tarde gris, sin alma. Sin querer le vino a sus pensamientos Sandra, la esquiva compañerita que él siempre miró y admiró. Su mirada prodigiosa de ojos claros verdosos, su personalidad segura, serena como las aguas de aquel lago que no queda muy lejos, sus cabellos castaños oscuros de ondulaciones sin artificios. Los cuales él siempre examinaba desde dos pupitres posteriores. A veces se perdía y ella lo sorprendía al voltearse, y al volverse esbozaba una sonrisa divertida por las caras ingenuas de aquel. Y, mágicamente, un día sus miradas se encontraron en un recreo, en realidad ella lo había encontrado a él. Y también fue quien comenzó a sacarle las palabras, la cuales al principio salían con dificultad. Y con el discurrir de ese encuentro comenzaron a brotar como la espontánea personalidad de Fernando. Sentía como si a esa chica de mezquinas sonrisas, él le estaba logrando sacar las primeras. Luego todo devino en tardes de compartir; las tareas, las pláticas de ella acerca de sus deseos, sus desventuras. Él la escucha casi como hechizado. Toda excusa era buena para juntarse. En algunos recreos Carlitos y Daniel por cuestiones del azar no se encontraban con Fernando y no se animaban a juntársele viéndolo hablar con Sandra, cierto celos negados les daba vuelta.

Ella le ocupaba los pensamientos en ese momento, <<debo invitarla a salir; a tomar un helado, o… Al cine. ¿Por qué no?>> La expectativa era grande y los recuerdos con ella iban y venían hasta que intempestivamente le vino a la conciencia un verde Fiat saliendo de un puente, por el cual se vio obligado a tomar un giro de casi noventa grados, produciendo un fuerte ruido con las ruedas, le pasó por centímetros al paragolpes. Quien conducía el vehículo por suerte frenó.

El sorpresivo suceso lo incorporó al entorno por donde circulaba. Con la adrenalina aún a flor de piel continuó pedaleando. El Fiat verde ya había quedado atrás y sus pensamientos recientes, también. Esporádicos autos estacionados se encontraban por la cuadra donde volvió en sí. Pasó el almacén de Don Evaristo a la derecha, con su añejo toldo verde y sus sucios vidrios llenos de calcomanías publicitarias que hacían imposible la visión hacia el interior. Parecía abierto pero se mostraba desolado. Sorteó algunos eternos baches llenos de agua verdosa, traspasó la siguiente esquina y la panorámica proseguía muy similar, casas con diferentes estilos, la mayoría de planta baja, de ladrillos sin revocar, oscuros y degastados, otras blancas con manchas oscurecidas por la humedad típica de la zona y alguna que otra de piedras laja envejecidas.

Las calles lucían sin presencia alguna. Sin embargo por la vereda

opuesta venían caminando dos jóvenes, desconocidos hasta donde comenzaron a parecerle conocidos. Y los nervios se le crisparon cuando tuvo la certeza de que se trataba de los Mancinella. Así eran conocidos en el pueblo. Dos hermanos de varios formando parte de una familia de mal vivir por los arrabales. Fernando les tenía un terror bien fundado, dado que en varias oportunidades intentaron hostigarlo. <<Me tienen bronca por bronca nomás.>> Le explicaba a Carlitos y Daniel. Siempre los esquivaba de verlos venir solamente. En un par de encuentros fortuitos solo lo molestaron e otros lo amenazaron, sin embargo no dispusieron del escenario propicio para ejecutar las amenazas. Pero hubo una tarde tranquila donde le encargaron llevar unos medicamentos a uno de los puntos más alejados de la zona. En esa ocasión recorrió ciertos tramos por calles de tierra y poco transitadas. A punto de llegar a una intersección sorpresivamente se los encontró; venían por la transversal, uno de cada lado como para reunirse allí mismo. En un instante fugaz arremetieron a toda prisa a interceptarlo. E inmediatamente Fernando aceleró. La poca distancia no le permitía frenar y volverse, solo acelerar y cruzar. Los rápidos cálculos mentales le daban, y debía hacerlo, sino sería un banquete de esos malandrines y harían de él lo que les plazca. Pedaleaba tanto como los músculos le daban, pero ellos eran veloces, llegaban a su encuentro y… Ahí fue cuando entendió que no pasaría. Los cálculos habían fallado.
De entre la obnubilación surgió una espontaneidad inexplicable que lo llevó a tomar la decisión de girar en un derrape visceral y en un instante revelador los tuvo a los dos enfrentándolo como atónitos espectadores de la escena. Los cuales describían con su vista el giro casi perpendicular de la bici. No tuvieron distancia para alcanzarlo con los brazos, al ver que se les escapaba como una laucha examinaron con desesperación el suelo en busca de algunas piedras. Ya con los proyectiles en sus descuidadas manos aún lo tenían en alcance. Fernando tan concentrado como agitado vio pasar el primer proyectil y de milagro no dio en su hombro. Fue un segundo y un tercero, el cual impactó en su rueda. La cuarta y la quinta las estaban sopesando en forma amenazante pero advirtieron ya de no poder alcanzarlo. Ante el fracaso inminente le vociferaron toda clase amenazas e insultos.

En segundos rememoró aquel milagroso escape, ahora, los miraba de manera tensa y expectante, analizando rápidamente las posibilidades que disponía en cuanto tomaran la decisión de acechar, disminuyó cautelosamente la velocidad, no mucho. En tal tesitura los estudiaba temeroso, casi de reojo, escudriñándolos, cualquier segundo era de suma importancia. Ellos también lo miraban, se habían detenido para hacerlo. Y eso lo atemorizó aún más. Esperaba lo peor, y cuando pasó justo en frente observo sus miradas y sus posturas, inexpresivas como esa tarde de nubes monótonas, de aire exánime, y miradas vacías. Una total ausencia de cualquier reacción le dio a ese escenario unos tintes de llamativa anomalía. Estáticos como estatuas continuaban mirándolo mientras él se alejaba aliviado, a su vez extrañado. Se llevó consigo por el resto del camino la sensación de que no se trataba de ellos, aunque sus

figuras lo afirmaban fehacientemente.

Atravesadas unas cuadras más, terminó enfrentado a un inmenso campo de árboles lejanos, lo separaba una tímida línea de eucaliptos y álamos y una zanja rudimentaria. La calle transversal era de tierra y por ella dobló a la izquierda. Solo el rugido de las ruedas por la tierra oía. Suponía encontrar por esa cuadra la numeración del pedido, Olavarría 543. Ciertas casas no presentaban numeración, otras sí, entre estas divisó una con una insignia que alguna vez fue negra y ahora teñida de óxido. 543, pudo discernir no sin cierta dificultad.

Al reposar la bici en la pared de ladrillo visto y descolorido contempló la casa y la puerta de doble hoja, la maciza con accesorios de bronce ennegrecidos. La casa era de aspecto de otros tiempos, frente alto, ventanas tan imponentes y ajetreadas como la puerta, protegidas hasta media altura de pintorescas rejas verde agua. Hojas secas esparcidas tanto en la acera como en alféizar de la ventana y hasta por los rincones de la puerta, tierra reposada por doquier, telas de araña adheridas a la ventana como prueba de no haber sido abiertas por largo tiempo. Fernando se posó frente a la entrada. No halló timbre alguno, sí un llamador de incrustado en la reacia madera sobre su altura. Con unos pocos golpes timoratos rompió el silencio inquebrantable. Un raro resquemor le suscitaba el aspecto de esa vivienda.

Sobre esa tarde sin testigos esperó… con paciencia inquietante esperó. Para matar el tiempo jugó con algunos restos de hojas sin destino.

Finalmente oyó los indicios de alguien girando la llave para luego destrabar con cierta dificultad la hoja de madera. Se asomó un rostro redondeado, con calvicie definitiva por la coronilla y pelo ralo oscuro en los costados, y con aspecto de unos cincuenta años. Con unos ojos saltones indescifrables lo miraba al joven. Gruesas cejas enfatizaba el rostro.

— Hola, vengo a traer el pedido de la farmacia— atinó a hablar Fernando, casi tartamudeando.

Lo miraba al cadete con esos ojos que parecía que en cualquier momento iban a salírsele. Y Fernando solo estiró las comisuras en un intento de sonreír cortésmente. El corpulento cincuentón vestía una ajustada camisa, mal prendida, a cuadros y de mangas cortas que ponía en prominencia el voluminoso abdomen, pantalones cortos y chancletas. Pasado unos cuantos segundos abrió al tope la puerta, dio la vuelta dijo algo incomprensible de consonantes flojas. Y comenzó a caminar con los brazos caídos, como si pesaran una tonelada cada uno, prácticamente arrastraba las piernas. Mientras se adentraba en la casa, el rostro del joven detenido en el umbral manifestaba una mezcla de duda e incomodidad y se quedó mascullando la situación. A pocos metros el sujeto se frenó, giró muy lento, y lo miró al muchacho. Movió gestualmente el brazo como pidiéndole entrar. A su vez chilló algo parecido a una vocal. Dos veces en total. <<Tal vez no puede hablar>>. Con una distancia prudencial continuó a la figura tosca.

Pudo percibir, en el aumento de las pupilas, que se encontraba

dentro de un pasillo sin iluminación de poco más de tres metros con final en una segunda puerta de madera provista de una ventanita de vidrio difuso. La luz natural, que se podía llegar ver al otro lado, estaba disminuida posiblemente por una tupida cortina colgada detrás de la ventanita mencionada.

La figura grotesca no interrumpía su marcha y Fernando lo secundaba, las dudas le daban vueltas y vueltas, sin encontrar respuestas a que decisión tomar… solo encontraba una: seguirlo. Traspasó la otra puerta, y así tuvo una noción más clara del lugar. La luz exterior inundaba, por medio de todo un ventanal a la izquierda, un ancho pasillo, convertido en comedor. Tenía una escueta mesa en el medio con mantel de flores y algunas sillas. Antes de ingresar allí se vio perturbado por unos minúsculos sonidos que no entendía, a su derecha, y lo agobió un espacio sin puerta, y lo detuvo. Le mostraba entre penumbras figuras fantasmagóricas, tratándose posiblemente de muebles en desuso y protegidos del polvo por amplias telas. Casi que los tenía que adivinar. Lo que podía vislumbrar parecían sillones pues se ubicaban cerca de la ventana cerrada que él vio desde la calle. Hasta le pareció notar algún movimiento de los que generan la imaginación, pero se confundía con esos bultos estáticos. El áspero ruido de una silla lo trajo en sí; pues el hombre se acababa de sentar debajo del ventanal, al sentarse hizo un gesto con brazo ofreciéndole la silla opuesta. Fernando quiso decir algo, y solo le salió una mísera vocal, sin saber qué decir o cómo preguntar; si le daba el encargo a él o a quién. Nada. No le salía nada. No sabía cómo dirigirse a esa persona con sus balbuceos e inentendibles vocales, ¿Cómo entablaría el dialogo? No entendía nada, simplemente quería entregar el pedido, le pagaran y así poder irse. No quería sentarse en esa silla de totora, tampoco quería contradecir a ese extraño individuo. Así que finalmente no muy convencido se sentó.

Con tímidos golpes de vista intentaba recibir alguna comunicación coherente de aquel que yacía enfrente. Con los gruesos dedos de las dos manos tamborileaba, la saliva le rebasaba los gruesos labios y con sus hinchados ojos miraba al centro de la mesa, como si allí hubiera un túnel al infinito. Y se hamacaba, desquiciadamente se hamacaba.

<< ¿Por qué no me quedé las tardes a jugar con los del barrio?>>. En ese cúmulo de segundos —que parecían horas— se le amontonaban y mezclaban todos los cuestionamientos juntos. ¿Qué hago? ¿Qué digo? ¿Cómo lo digo? Ninguna certeza. Su mente era un torbellino.

Rogaba que alguien más "normal" entrara en escena. Acaso haya estado en el baño y no hubiera podido salir a la puerta, o esté en cama enfermo, preparándose para recibirlo. Podía ser un miedo infundado y esa era todo. Sí, posiblemente. <<Solo debo aguardar… nada más>>.

De un momento a otro el hombre se puso de pie y salió con su típico caminar a una salida sin puerta al fondo de ese pasillo, dentro parecía tratarse de una cocina; una mesada al final y una canilla brillaba por la tenue luz de una ventana por encima. Al cruzar el umbral sus formas redondas se tornaron en una figura oscura en contraste con la

tenue iluminación del fondo. El aire de encierro, añejo y dejado le imprimía un cariz sumamente perturbador a ese hombre perdiéndose a pasos dejados.

Fernando no le despegaba la vista, cuando intempestivamente lo sorprendieron unos sonidos a su espalda. Unos incógnitos pasos arrastrándose, lentos, irregulares. En un acto reflejo su cabeza giró a su izquierda; no vio nada. Por el rabillo del ojo alcanzó a notar algo pasando por detrás. Y al volverse se le presentó ya de espaldas lo que parecía tratarse de una niña, por contextura y vestimenta, vestía pijama rosado con pequeños motivos blancos y unas pantuflas emulando a conejitos rosados. Pero la cabeza... No podía entenderlo, sin rastros de cabello, desproporcionado en relación con ese cuerpito de una nena de unos nueve años. <<¿Tendrá alguna enfermedad? ¿Acaso alguna malformación? >> No alcanzó a ver su rostro. La forma del caminar, tan irregular, con movimientos incoherentes de caderas como si estuvieran dislocadas, lo dejó mortificado, sin aliento, sin entender, sin asimilar esa realidad sumergida en aguas irreales. Mientras más contemplaba esa infantil y tétrica figura más le recorría un escalofrío por toda la espalda. <<¡Me quiero ir de acá!>>. Como si él fuera un ser invisible, como si solo fuera un muñeco inanimado, la tétrica niña continuaba su camino. Y acabó perdiéndose como el aquel robusto individuo en las penumbras de esa "cocina".

Y luego un llamado, un llamado como de otro tiempo, la voz rasposa y vencida de una anciana.

— ¡Los remedios por favor!

Le trajo un cierto alivio oír la voz de alguien. El rastro de alguien más parecido a su mundo. La posibilidad de hablar con alguien y terminar con esto. Pero, ¿Quién será ese "alguien"? Buscaba a toda costa encontrar una explicación que aliviara su mortificada alma;<< Seguramente el hombre sufría algún problema mental de pequeño y hubo de atender la puerta ya que su madre estaba muy enferma y la niña sufría de alguna malformación congénita el cual produjo esa rara estructura craneal y ósea en general.>>

Y la voz insistió.

— ¡Por favoooor!

Torció su tronco para mirar atrás, una cortina de anchos flecos verde musgo, de plástico sucio y descuidado cubría la entrada desde donde claramente la anciana de la voz ronca suplicaba. Sí, debería entrar. Debería tomar el riesgo, aun sin saber con lo que se iba a encontrar. Y así lo hizo. Decidido se puso de pie, ojeó la bolsita controlando su contenido y el papel correspondiente al encargo y se acercó con cautela a la cortina. Y en eso un extraño y grave llanto lo detuvo, un desesperado llanto de agonía y locura. Lo obligó a mirar, no lo quería, ya no quería ver nada y sin embargó los bramidos de sufrimiento haciendo temblar los pisos hipnotizaron sus sentidos. Y la escena no fue menos espeluznante que los bramidos. Quedó perplejo y sus ojos graficaban unas figuras teatralizando algo que su mente no podía descifrar; dibujados por la tenue ventana al fondo de la "cocina", la niña y el hombre. Ella apegada a la mesada, le

daba impiadosos azotes a quien permanecía arrodillado, en posición de súplica, y con los brazos hacia arriba como si de alguna manera pudiera defenderse. El rostro estupefacto de Fernando quedó preso de la escena y sus ojos abiertos descomunalmente.

— ¡Los remedioooos! — le espetó la voz desde la habitación, como apagándose.

Y su mente se enfocó nuevamente, y a pesar de todo, en entregar el pedido. Corrió la pesada cortina casi sin meditarlo.

La luz amarillenta mostraba mezquinamente la escena. Su fuente era un vetusto velador descansando peligrosamente por la orilla de una mesita de noche, una diminuta mesita donde solo reposaban un portarretrato y algunas menudencias. Una anciana de apariencia muy longeva reposaba en una cama de sábanas desparramadas. Vestida con una deslucida enagua blanca de mangas cortas las cuales mostraban sus brazos sumamente arrugados y delgados. Sus cabellos blancos y ajetreados como esas sábanas. No lo miraba, solo se mantenía acostada enfrentada al techo con un ligero movimiento de cabeza. Un penetrante olor a viejo descuidado inundaba sus fosas nasales, como si hubiera permanecido por meses en ese estado demacrado. Lentamente, el diezmado muchacho, se fue acercando al velador y a los primero pasos, el crujido en los listones de madera del suelo los alteró tanto a él como a la anciana quien sacudió su huesuda cara a un costado como percibiendo algo diferente. Como si el único sentido que se valiera fuera el auditivo.

— Remedioo — logró emitir, casi en una exhalación. Y estremeció a Fernando. Quien, luego de una leve petrificación, retomó el avance, e intentaba discernir a soslayo los rasgos de la anciana moribunda. Una vez frente al velador, con más claridad descifró la cara de ese escuálido cuerpo; huesuda, atiborrada en arrugas. Por la forma de sus labios daba la impresión que no disponía de dentadura y sus ojos permanecían cerrados. La cabeza aún se movía regularmente. Hecho un manojo de nervios, Fernando quedó parado al costado de la cama observándola con incertidumbre. Nada. Solo una leve y dificultosa respiración. Y su intención de hablar lo le ofrecía ninguna respuesta. Los nervios lo mantenían constreñido.

Ya no quería seguir ahí, solo quería dejarle las cajitas de los sedantes, nada más, y solo marcharse. Se colocó de cuclillas encimado a la polvorienta mesita de luz y con las manos temblorosas fue sacando uno a uno los medicamentos acomodándolos sobre el pequeño mueble. Tarea complicada para ese momento, ya que la trémula mano intentaba extraer de la inquieta bolsita los medicamentos. El ruidoso del nailon no ayudaba. Como pudo dejó reposando la primera cajita debajo de la lámpara… Y un grito estruendoso, ahogado, flemoso lo aturdió.

—¡AAAHHH!

Un largo grito que no acababa, y de una energía tal que lo arrojó contra el desmantelado ropero. Donde dio de espaldas. El estado de shock lo dejó sentado sobre el piso mirando con ojos desorbitados esa cara que se dejaba mostrar bajo la amarillenta luz en todo su esplendor, donde los

huesos tomaron forma en medio de las arrugas, una terrorífica aparición. Una mandíbula casi descuajada mostraba solo encías deformadas, carentes de diente alguno. Ahora con los ojos abiertos revelaban Solo la forma de córneas, ningún indicio de pupila, iris, ni nada. En su lugar una aglutinación lagañosa mezcla entre blancos y grisáceos.

El velador cayó y la luz se esfumó, lo que puso más en énfasis esos horripilantes ojos. Él, aturdido y enloquecido quedó sentado en el suelo. Sintió que la cabeza le iba a explotar, no había más cabida a razonamiento alguno. Con los pies quería seguir empujándose desesperadamente hacia atrás sin entender que ni el viejo ropero ni la pared no se lo iban a permitir. Bajo el efecto de las lágrimas ese rostro ahora se asemejaba a una imagen fantasmagórica que continuaba moviendo la mandíbula.

Quedaron en el olvido la bolsita, los medicamentos y demás. Solo la manera de salir importaba. En medio de sus desmanteladas ideas un destello de lucidez acaeció. Con esto, inclinó a un costado su cuerpo para lograr tomar el impulso necesario. Urgido por la desesperación, prácticamente salió despedido atravesando sin más las cortinas y dando contra la silla que momentos anteriores lo tuvo sentado.

En el impacto contra la silla y la mesa, vislumbró por el rabillo de ojo una presencia. Una presencia inesperada que parecía esperarlo sabiendo que el destino lo situaría ahí mismo. La contempló. La sufrió. Fue una toma fugaz, pero suficiente. La imagen surcó por los nervios rasgados y se grabó en sus células más profundas con marcas indelebles. La niña yacía de pie a corta distancia, con una mirada inhumana. Parecía cargar un cerebro exorbitante a su vez los rasgos faciales se disminuían hasta una reducida mandíbula. Una tez rosada y unos ojos inhumanos resguardados en unas hendiduras sin párpados sin pestañas, sin nariz, ni labios, ni humanidad, solo unos ojos grandes, inexpresivos como si fueran de porcelana bruñida.

Fernando corrió a desparpajo por la salida. Corría con llantos, rezos internos, deseando a su madre, sin aliento, por el pasillo se estiraba como un acordeón y esa puerta final, apenas visible, se reducía a lo minúsculo. Y esa "niña" en su latente miedo de repente se la imaginaba corriendo apenas detrás de él. Sus piernas entumecidas solo respondían a destellos de supervivencia, ya no parecían ser parte del muchacho que miraba esa manija como el cáliz de la vida, o el prominente trozo de oro al fondo de la mina y que le era negado.

Sin embargo el umbral llegó, no quería voltearse, no quería que sus miedos fueran reales y al darse vuelta tuviera ese cráneo deformado acechando su rostro.

Enfocado en tomar contacto con la primera puerta tomó con ansias y desesperación el ansiado picaporte. Lo giró. Sintió el sabor de la desesperanza, cuando las fuerzas de sus dedos no encontraban respuesta. ¿Estaba con llave? <<Noo, ¡Dios mío!>>. Con todas sus fuerzas y en mar de llantos, tiraba y tiraba. Intentaba girarla en ambas direcciones y volvía a tirar. Y nada.

— ¡Mamaaa! ¡Ayudameee!... — suplicaba entre llantos, mientras

en vano continuaba tironeando del picaporte.

Se retorcía de la desesperación brindando más fuerzas a sus vanos intentos.

Y se detuvo… se detuvo para volver la mirada hacia atrás, secándose las lágrimas con las muñecas pudo clarificar la imagen; la niña con su movimiento lento pero inminente y su cadera dislocada, ya se acercaba. Dejando la clara luz y para formar parte de la penumbra. También percibió un destello, y sus vestigios de fortaleza se desarmaron al momento de constatar una hoja blanca resplandeciente que albergaba la pequeña mano, toscamente. Como si no supiera usarlo. Y un destino tan claro como aterrador acechaba sin contratiempos.

Otro sonido se le vino encima, sin darle tiempo a digerir, por entre las profundas penumbras de esa pieza sin puertas con oscuros insondables, donde las formas se perdían. Sus sollozos ojos escudriñaban ese sonido chirriante de bisagra y crujidos de madera como si tuviera forma. Y se hizo forma, una forma de ojos casi resplandecientes surgiendo por lo bajo de esa oscuridad absoluta. Se fue aclareciendo con restos de luz que llegaban al espacio. Se hizo forma la cara huesuda y arrugada de la anciana. Caminando como un arácnido con sus escuálidos brazos y piernas. Sus desgreñados cabellos parecían petrificados.

Las dos figuras en segundos estarían sobre aquel desahuciado de manos temblorosas y llantos inútiles, quien miraba perplejo, con el destino en sus cristalinos ojos café. Deseaba que su alma dejara ese cuerpo de piel morena. Sin razón alguna intentó doblegar esa manivela que ya le había dado la negativa. Era la última brizna de luz al fondo del oscuro túnel.

Al primer tirón se vio sorprendido por el mismísimo milagro de no encontrar ninguna resistencia en el picaporte y la hoja de madera cedió, con tal fuerza que se abrió de par en par, estallando contra la pared.

Con un inconmensurable alivio le volvió el alma al cuerpo y levantó la vista hacía la salida de esa pesadilla, de ese mundo siniestro, pero lo que sus ojos vieron lo dejó sin aliento, ni siquiera podía gritar, el tiempo se detuvo en ese instante, ni tan solo podía oír sus quejas... La corpulenta masa de aquel, que momentos antes fuera azotado como un niño, ahora estaba detrás de esa puerta como esperándolo, con sus ojos saltones aún lagrimosos, mirando con ira sin un por qué. Toda reacción se había esfumado. Los peludos y carnosos brazos se erigieron y, con rabia, lo tomaron del cuello, zarandeándolo como a un muñeco de trapo mientras emanaba graves y estruendosos gemidos de angustia.

A Fernando no le quedaban vestigios de voluntad. Demasiada fuerza para ese diezmado y exhausto cuerpo. Solo miraba esa tambaleante figura que se iba opacando en su vista. Todo lentamente comenzaba a desvanecerse. Y esa babeante boca de labios anchos se le hacía más distante, más difusa. Todo iba desapareciendo gradualmente incluso los gemidos. La oscuridad comenzaba a conquistar todo. Una oscuridad avasallante. Era el final. Será mejor así.

Una voz comenzó a invocar su nombre, lejana, también difusa. Pero se le acercaba. Ese mundo estaba desapareciendo y esa voz lo

tironeaba al suyo.

— ¡Fernandooo! —

— ¡Fernandooo! —

Esa voz le era familiar. Seguía sintiendo las sacudidas. De la oscuridad fue apareciendo una luz difusa en el centro y formas. Se enfocaban cada vez más. Y las palabras cada vez más cerca. Todo cada vez más claro. Y la figura logró hacerse distinguir.

— ¡Fernandooo! — le gritó.

Era su hermano que lo zamarreaba por los hombros. Tomó conciencia del lugar, estaba en su añorada cama, en su pieza, en su hogar. Con su querido hermano. Ahora más querido que nunca. Fernando lo miraba incrédulo.

— ¡Eeeh! ¡Perece que habías quedado en coma loco! — le dijo Esteban con una sonrisa burlona —¡Dale que se te hace tarde para la escuela!

Mientras su hermano esbozaba una sonrisa paternal, Fernando miraba con sorpresa su entorno, su cuerpo, tanteándolo. Aún sentía las sensaciones recientes. Pero por suerte se trató de una profunda pesadilla. Sentía que la cabeza le explotaba. Solo fue una pesadilla. Y un dolor intenso le cubría todo el cuello. ¿Fue una pesadilla?

FIN